

EL ENIGMA DEL CÓDICE BARDULIA

Códex Barduliae

El cartulario perdido de Valpuesta

ÁLVARO MORENO ANCILLO



Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: El enigma del Códice Bardulia
Subtítulo: *Códex Barduliae* El cartulario perdido de Valpuesta
Autor: © Álvaro Moreno Ancillo

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Diseño y realización de cubiertas: más!gráfica

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-158-1

Printed in Spain

Los hijos.
Tu mirada.
Una amiga.
Una posada.
Una guerra al destino.
Una victoria impensada . . .





ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR	13
AGRADECIMIENTOS	15
PRÓLOGO HISTÓRICO	17
GÉNESIS	21
VIERNES. INESPERADO DESTINO	33
IOHANNES ABATE	47
EMPÍRICA DIDÁCTICA	63
LA FUNDACIÓN	69
LA ATRACCIÓN DEL MANUSCRITO ÉUSCARO	81
BARDULIES QUAE NUNC VOCITATUR CASTELLA	101
LA FRAGUA	117
ELIZONDO	127
LA HUIDA	135
PATRICIA	143

CÓDEX BARDULIA.....	163
DE CAMINO A VALPUESTA.....	181
TRÁNSITO.....	201
EL PERGAMINO DE SEPÚLVEDA	217
NUEVOS DESIGNIOS.....	229
OLIGISTO.....	239
ASTURIANOS EN ASTÚLEZ.....	247
LUNES.....	259
MORITURI	269
EN PODER DEL VALÍ DE TUDELA	279
EL HAYIB DE CÓRDOBA	295
SPAGYRIA	303
HASHIM, EL MAESTRO HERRERO	329
ELUCUBRACIONES	341
EL CARPIO DE DON BERNARDO	367
ESTIGMA.....	387
HECHOS.....	397
MEDIANOCHE	403
VAÉLICO.....	419
LA BATALLA	435
DIRECCIÓN MÉDICA	453
ONNECA, LA MADRE.....	463
BELEÑO NEGRO	475
DEL AGUA Y LA MONTAÑA	483
QUEBRANTOS.....	491
EL SANTUARIO DE LA ESPADA	503
DISQUISICIONES Y ABANDONOS.....	507
EL ARCHIVO DE TOLEDO.....	517
LA MUERTE QUE NACÍÓ EN LA CASA DEL SOL	535
EPILOGUS... QUAE NUNC VOCITATUR CASTELLA	549
PRINCIPALES PERSONAJES.....	553

NOTA DEL AUTOR

Una lengua no deja de ser la consecuencia de una evolución que depende de las personas que la emplean, y por ello es casi imposible decir dónde y cómo nace. Otra cosa son los documentos en los que por primera vez aparecen escritos, titubeantes, sus primeros balbuceos. Ya sabemos que los primeros legajos con palabras de una lengua romance que acabará convertida en el castellano proceden de los *Cartularios* del monasterio de Valpuesta, un enclave olvidado entre Burgos y Álava.

Medievalistas y paleógrafos han logrado descifrar los secretos de estos documentos medievales y han llegado a la conclusión de que en los *Cartularios de Valpuesta* participaron más de treinta escribientes.

Freile Gumessandus bien pudo ser uno de ellos. Un escribano especial que impulsó la creación de un documento aún no hallado; un documento tan excepcional como el resto de los que componen los *Cartularios*, pero cuyo contenido nos explicaría cómo pueblos de distintas lenguas y estirpes convergieron para hacerse más grandes.

Lejos de histriónicas y erróneas consideraciones de provincialismos poco cultivados, el idioma castellano pertenece por

nacimiento a las personas que lo hablaron desde sus inicios; y esto incluye, sin lugar a duda, a los pueblos eusquéricos. De la misma forma, el eusquera es parte primigenia del alma cultural de los primeros pobladores de Castilla.

Y algún día aparecerá ese manuscrito...

AGRADECIMIENTOS

He de reconocer que este proyecto literario no habría llegado a buen puerto sin los acertados consejos de mi esposa y colega, la doctora Ana Carmen Gil Adrados. Ha soportado mis «contra-críticas» y puesto orden en el relato en multitud de ocasiones.

Igualmente han sido de ayuda las directrices de Alicia González Sterling; las puntualizaciones de mi alma gemela de las letras, la escritora Elena de Terán Bleiberg; los comentarios de un ávido lector como Jorge Osuna; las consideraciones de mi colega en todos los sentidos Ángel Cristo Barco, y las enseñanzas técnicas de la restauradora Inmaculada Gil.

He disfrutado durante años de la complicidad y buen hacer de mis colegas del hospital de Plasencia. Ellos, al igual que la ciudad que los acoge, han contribuido de forma inestimable a mi creación literaria.

No obstante, y con el fin de evitar suspicacias, debo aclarar que todos los personajes hospitalarios que transitan por las páginas de esta novela son seres ficticios que han surgido de mi cabeza, al igual que el resto de los protagonistas del relato. Sin embargo, incluso sin corresponderse de forma específica con los

individuos reales —personas que dedican sus esfuerzos a ofrecer la mejor de las asistencias médicas en este hospital comarcal extremeño—, mis personajes tienen un poco de todos y cada uno de ellos.

Gracias por la inspiración.

PRÓLOGO HISTÓRICO

Las crónicas de los historiadores antiguos nos hablan de los pueblos que habitaron la península ibérica en los lejanos tiempos de la invasión romana. Algunos eran de origen ibero y otros eran celtas, pero todos se mezclaron, con mayor o menor intensidad, con los nuevos pobladores romanos.

En la región más occidental del Pirineo estaban asentados los vascones, quienes ocupaban lo que hoy sería Navarra y parte del norte de Aragón. Su territorio limitaba al oeste con los várdulos, y más allá de estos estaban los autrigones y los caristios. Tras la ocupación romana, estos pueblos, al contrario de lo que antes se pensaba, recibieron una intensa influencia de la cultura latina, e incluso llegaron a participar en las legiones de Roma como tropas hispánicas.

Según los más reputados cronistas de la Antigüedad, tras la caída del Imperio romano, o incluso durante sus últimos años, tuvo lugar una migración de los vascones hacia el lar de los várdulos, lo que produjo un desplazamiento y mixtura de los cuatro pueblos hispanorromanos y una cohabitación con los nuevos pueblos germánicos que se establecieron en la península.

Más tarde, en el siglo VIII, durante la invasión musulmana, muchos de los antiguos asentamientos de estas tribus se despoblaron

debido en parte a la presión bélica de los mahometanos. Sin embargo, algunos ermitaños resistieron en las oquedades de las montañas manteniendo viva la fe cristiana; y ciertos hombres de armas de heterogéneas estirpes se concentraron en fortalezas poco accesibles, donde las huestes islamitas jamás consiguieron acceder.

Instigados por la nueva monarquía astur y amparados por aquellos minúsculos bastiones, los eremitas alzaron monasterios para guiar las almas de aquellos primeros castellanos. Y empezaron a repoblarse esas tierras con gentes de orígenes diversos. Muchos procedían de las antiguas tribus que antaño ocuparan esos lugares, unos pocos eran godos y otros tantos eran de origen cántabro o astur. También llegaron algunos mozárabes, cristianos que habían permanecido bajo el dominio musulmán sin abandonar su fe, que en los tiempos de mayor opresión islámica habían huido de al-Ándalus para preservar su vida y sus creencias.

Y así nació Al-Qilá, la Tierra de los Castillos...

Ego Iohannes episcopus sic ueni in
loco que vocitant Valle Composita et
inueni ibi eglisea deserta uocabulo Sancte
Marie Virginis... et construxi uel confirmabi
ipsam eglisea in ipso loco et feci ibi presuras
cum multis gasaliis mecum comorantes...¹

¹ Fundación del monasterio de Santa María de Valpuesta por el obispo Juan en el año 804.

GÉNESIS

Annus Domine 799

El ermitaño corría nervioso a través de la brumosa espesura del bosque, pendiente, casi en exclusiva, del crujido de la hojarasca bajo sus pies y del acompasado jadeo de su respiración. Cada bocanada de aire exhalado se adornaba con un evanescente halo de vapor, dando fe del frío ambiente de aquella mañana de invierno. De cuando en cuando buscaba en el cielo, más allá de la tupida niebla, las negras humaredas de las hogueras que la batalla había producido; y apretaba el paso para llegar hasta ellas, pues sabía que aún quedaban cristianos malheridos en las distintas alquerías del valle, y deseaba poder auxiliarlos de alguna manera.

De repente, nada más rodear una de las estribaciones rocosas que de forma errática salpicaban la intrincada vereda que tan aceleradamente transitaba, escuchó una algarabía de golpes, quejidos y gritos de amenaza en lengua musulmana acompañada de férreos sonidos argentinos producidos por el entrechocar de las armas. El clamor de la lucha le hizo apurar su paso mientras se agarraba a la empuñadura de su daga y le pedía a Dios fuerzas para enfrentarse con su propia muerte si era menester.

Unos pasos más allá advirtió cómo el bosque se abría, y comprendió angustiado que su destino tendría lugar allí mismo.

Sin embargo, la algazara ya había cesado cuando el ermitaño llegó al claro. Aún jadeante después de su carrera, parcialmente encorvado sobre su exigua cintura, observó sobrecogido los cuerpos exánimes de una media docena de soldados mahometanos rodeando a un delgado adolescente de apariencia cristiana.

Las curvadas espadas islamitas permanecían unidas a las ahora rígidas manos de los guerreros, inertes e incapaces de causar más daño. La escena le resultó extrañamente abrumadora al eremita, que se quedó parado un instante intentando desentrañar la posible secuencia de los hechos que allí habían acontecido.

Oscuro y nebuloso, así se había manifestado el amanecer en la montaña, y ante los acontecimientos sobrevenidos en el valle casi se diría que el día había progresado hacia algo bastante más tétrico. El ermitaño se frotó nerviosamente las manos intentando alejar un frío que posiblemente ya estuviera asentado en su corazón más que en sus correosos dedos.

Suspiró. Sobre la pradera, en ese inesperado espacio ganado a la espesura, el vapor que se desprendía de los cadáveres, todavía calientes, impregnaba el aire transportando un repulsivo olor a muerte, percibido en cada bocanada que respiraba. Se llevó su reseca y delgada mano hasta el rostro y ocultó con ella su boca y su nariz tratando de evitar tan desagradable miasma dulzón. El olor le recordaba a aquel empalagoso hedor que se generaba en su refugio cuando curtía los pellejos de las alimañas apresadas en las numerosas trampas que tenía distribuidas por todo el monte.

El ermitaño, que no era viejo ni joven, habitaba una pequeña oquedad excavada en la montaña. Él mismo había horadado la roca caliza de la sierra durante años hasta lograr un espacio suficientemente habitable. Junto a su minúscula celda había comenzado la construcción de lo que pretendía fuera en el futuro una minúscula ermita en honor a Santa María. Apenas había conseguido levantar un par de arcos, piedra a piedra, pero era lo que Dios le había pedido y así debía ser.

Ahogó de nuevo la respiración bajo sus manos intentando preservar su olfato.

«Putrefacción —pensó, deglutiendo saliva en un intento de moderar el asco que le subía desde la boca del estómago—. Sólo es putrefacción».

Volvió sus ojos a la escena que se le mostraba en la pradera. Como un estandarte entre los cadáveres, el escuálido muchacho cristiano se mantenía inmóvil y en silencio, con un rictus de odio y una mirada perdida en el infinito tales que acrecentaron aún más la turbación inicial del ermitaño. Sacando fuerzas de su congoja, se acercó con prevención hasta una distancia que consideró razonablemente segura.

—¡Hola! —exclamó en voz muy alta.

Aunque el muchacho no le respondió, el ermitaño estaba seguro de que su saludo había sido perfectamente oído. Gruñó para sí y lo repitió casi en un grito que resonó en el claro como si ningún otro sonido existiera en el bosque.

Nada. El ermitaño dio un paso más. El muchacho permanecía rígido, mudo e impasible.

Abrumadoramente extático...

No debía de tener más de doce o trece años. Su cabello era oscuro y caía parcialmente sobre su frente llevando algunos enmarañados mechones hacia sus ojos. Sin embargo, a ambos lados de la cabeza el pelo era más ralo, como si se le hubieran tonsurado las sienes dejando visibles unas orejas bien proporcionadas. El ermitaño recordó que los hijos de algunos notables del valle eran rasurados así al alcanzar la edad del inicio en el aprendizaje de las armas.

«Tal vez sea el hijo de un conde —se dijo el eremita mientras analizaba con mayor profundidad su estampa—. O de un hombre de armas. Al menos, lo parece».

Por su atuendo, el muchacho debía de ser oriundo de los antiguos valles de la Bardulia. Vestía una recortada túnica de grueso paño de lana y unas calzas de cuero de cabrito algo desgastadas. De su cintura colgaba una badaza, también de cuero,

que le llegaba hasta el muslo, como si del zurrón de un pastor se tratara.

La pálida tez de su rostro adolescente resaltaba en contraste con la negritud de su cabello. Esa piel era de un color casi níveo; tan blanco que, si el ermitaño no estuviera viendo con sus propios ojos el vapor de su respiración, hubiera dicho que aquel era el rostro de un cadáver o un espectro. Sus estrechas y lechosas piernas, descubiertas hasta más arriba de las rodillas, acompañaban a la impávida rigidez que mantenía haciéndole parecer una estatua de inmaculado mármol esculpida en honor de cualquier deidad latina juvenil.

Sin embargo, cuando el eremita se fijó en las manos del adolescente, enflaquecidas y nervudas, observó cómo perdían el pálido tono de sus fibrosos brazos, salpicadas por bermejos goterones de un pastoso líquido que le pareció, sin duda alguna, sangre a punto de coagular. Junto a sus pies, una espada corta yacía igualmente ensangrentada hasta la empuñadura, dando fe del origen violento de las rojizas salpicaduras de sus manos.

El ermitaño se acercó un poco más en una acción automática e impensada, realizada casi sin prestar atención a sus propios movimientos. Pareciera que una fuerza ajena le determinara a aproximarse al muchacho y a entablar conversación con él a pesar de que, en su sobrecogido pensamiento, se sintiera presa de un extraño y misterioso temor ante su imagen. Era incapaz de evitar que sus ojos quedaran absortos en el muchacho, obviando la muerte y la hediondez que los rodeaban.

Finalmente, se atrevió a hablarle de nuevo, casi en un susurro:

—Las huestes de Abd al-Karim ibn Mugait² han vuelto a atacar las alquerías de las villas más alejadas del castillo, ¿no es cierto? —El ermitaño le interpelaba con la certeza de conocer la verdad de lo acontecido. Con su comentario deseaba tan solo

² Belicoso caudillo musulmán afincado en el norte España a finales del siglo VIII.

iniciar una cordial plática—. El humo de las casas arrasadas se eleva por encima de los árboles en todo el valle de Gobia.

No recibió respuesta alguna. Únicamente el silencio acompañaba los hieráticos ojos del chiquillo, que se mantenían fijos en el infinito, haciendo caso omiso de la presencia del hombre. Resuelto a obtener definitivamente una contestación, el eremita caminó de forma más firme hacia él, hasta situarse apenas a tres o cuatro pasos.

—¿Estás solo, muchacho? —insistió con la mayor dulzura de la que era capaz, sin dejar de mirarle a la cara, alejando como bien pudo sus temores—. ¿Han alcanzado tus padres el castillo del conde? Los moros nunca lo encuentran, es un lugar suficientemente seguro...

Entonces, sin pronunciar una palabra, el adolescente se le acercó tendiendo trémulamente su mano ensangrentada. En sus ojos, los iris de color gris azulado vibraron difuminándose en la claridad de un rostro púber que le mostraba, con su semblante, el extremo desazón que su infantil alma padecía.

El ermitaño, considerablemente desconcertado por inexplicables preocupaciones, alzó su mirada buscando las intenciones del muchacho en el interior de aquellas translúcidas pupilas al tiempo que se aferraba con fuerza a la rústica cruz que colgaba de su cuello; aquella cruz que en tiempos pasados tallara en el corazón de un fornido castaño y que era, ahora, el talismán de su irrevocable fe en Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando el turbador chiquillo se llegó ante él, el eremita cabeceó nervioso entornando los ojos y, tras un instante de duda, tomó estremecido la ensangrentada mano que el muchacho le ofrecía.

Podría decirse que no era minúscula su angustia, ni su miedo. Pero confió...

—Ha sido un *Gaizkiñ*³ —musitó el adolescente en la antigua lengua de los várdulos del norte, tras sentir el contacto del apren-

³ Ser mágico en la mitología vascongada que provoca la aparición de enfermedades.

sivo monje—, un ángel de la venganza de Dios, el verdugo de las alcobas de los impíos, el que ajusticia a los hombres que la maldad ha corrompido...

El ermitaño suspiró. En su cuello, las palpitantes venas corrían casi más que su corazón y acrecentaban el ritmo de su respiración hasta llevarle casi al desmayo. Sus ojos, de un marrón avellana, se nublaban intermitentemente al ritmo frenético de los latidos de su corazón. La progresiva ansiedad que le invadía le impidió emitir entonces vocablo alguno. Solamente lo agitado de su sofocado jadeo se escuchaba en aquel espacio abierto en la fronda del bosque.

El muchacho apretó con fuerza la mano áspera del ermitaño. La sangre, parcialmente coagulada sobre sus dedos infantiles, resbaló extendiéndose entre los del eremita como un sello de mutua complicidad que ninguno alcanzó a comprender en aquel instante. Era como si a partir de entonces los dos pasaran a ser parte de un mismo plan divino.

El adolescente, que se consideraba un buen cristiano, murmuró una plegaria al Dios de la Cruz mientras su mente creía absorber las imágenes de la vida del ermitaño. Su mano continuó apresando la del sobrecogido asceta en un instante infinito, unidas como si fuesen hirvientes metales que, fundiéndose en una única mixtura de sangre, desprendieran un calor turbio y misterioso. Así, en un trance de atormentada y compartida zozobra, enmudeció el hombre y el extraño chiquillo continuó su ronca prédica.

—Hoy no moriréis —susurró con una voz áspera y quebrada, de un tono y gravedad casi imposible para un niño.

Y por fin soltó la mano del eremita.

Entonces, sus ojos se enlazaron.

—Dios es misericordioso —susurró, compungido, el monje recogiendo su mano, que aún oscilaba enrojecida, para limpiarla en su ropa debajo de su axila, y después guardarla en la seguridad de su pecho, bajo el deteriorado hábito benedictino que le vestía.

—Necesitaba encontraros, hombre santo —expresó el espectral adolescente—. Mi madre me dijo que algún día encontraría quien me guiara.

—Puede que este encuentro sea un verdadero milagro, muchacho —murmuró el eremita.

—¿Entonces, sois vos?

—No lo sé. No sé a qué te refieres —respondió el religioso—. Al contacto de tu mano he intuido que me buscabas. Aunque yo...

—Los moros han vuelto a escudriñar en nuestro valle, hermano —interrumpió el chico, haciendo caso omiso a las últimas palabras del monje. Casi parecía que el muchacho hubiera tomado la determinación de convertirlo en su mentor.

El ermitaño dirigió su mirada hacia los sarracenos que yacían a sus pies. Los rostros de todos los muertos mostraban una expresión compartida de absoluto horror.

—¿Cómo les sobrevino la muerte? —preguntó—. ¿Qué les hizo adquirir ese gesto de... pánico? ¿Cómo pudiste vencerlos...?

—Sólo con mirarlos, magíster, se secan hasta que los alcanza la parca. —El muchacho parecía intuir el contenido de las preguntas del monje casi antes de que estas concluyeran. La comunicación entre ellos se había tornado más amable. El chico deseaba simpatizar con el eremita, y por ello se había dirigido a él como si ya fuera su maestro. No solía revelar sus secretos, ni abrir su corazón a nadie, pues su madre le había prevenido de ello repetidamente; pero ahora deseaba hacerlo con aquel monje—. Retuercen sus cuerpos presos de un dolor tan insoportable que vuelven blancos sus ojos, y agonizan ante mí bañados en sudor, llorando sangre, mostrándome gestos de un terror que no logro describir. Es como si se vieran ardiendo en el mismísimo fuego del infierno... Y lo supieran. —Bajó la cabeza pasando apesadumbrado las manos por su frente. Un tibio sudor se quedó prendido entre sus dedos diluyendo en parte la sangre que se secaba en ellos—. Siempre sucede de este modo —prosiguió en un murmullo—. Y yo siento su horror en mi

interior... Y vislumbro su sufrimiento perpetuo. Después, les atravieso sus corazones con mi espada para acortar su penosa agonía. Sin embargo, a cada uno de los muertos que la maldición provoca, mi cuerpo responde al final con un solaz que se me antoja malvado... o demoníaco.

—No nombres al maligno —reprendió el ermitaño—. No creo que esto sea obra suya.

—Dios me perdone, magíster, pero es lo que siento cuando el espíritu me toma —replicó el pálido muchacho.

—Pero, ¿cómo...? ¿Quieres decir que esto te ha pasado más veces? —balbució, perplejo, el ermitaño, incapaz de entender cómo un adolescente podía expresarse con tan instruidas palabras—. ¿Eso quieres decir?

—Sí, eso mismo.

El ermitaño tomó una bocanada de aire, resopló y se retiró el sudor de la frente con la palma de la mano derecha.

—¿Lo viste? —inquirió a continuación—. ¿Llegaste a ver tú al espíritu Gaizkiñ, muchacho? —Su interpelación se acompañaba de una mueca mezcla de duda y temor—. Dime, ¿era real?

—No se ve, magíster... Se siente —respondió—; y yo lo he sentido. Mi madre me enseñó a sentirlo...

Se hizo el silencio entre ellos. Por alguna razón que en aquel instante no se paró a analizar, el hombre lamentó el destino del muchacho. En el corazón del solitario eremita se enlazaron ciertos recuerdos de antiguas tradiciones con la impecable y severa fe en Cristo que ahora profesaba. Su intelecto buscaba armonizar algunos miedos ancestrales con sus creencias religiosas actuales para aplacar el caos que recién sufría su alma desde que iniciara su conversación con el insólito muchacho del bosque.

—Ellos, querido niño, ellos son los que Dios ha señalado —le dijo como si de una revelación se tratase—. No sufras por su fin. —Casi se consolaba a sí mismo, hablando en un susurro, con inaudita e inopinada aprensión—. Lo que has visto obrar es la espada del Señor. Te lo aseguro.

El muchacho se encogió de hombros.

—Tal vez sea así, ermitaño —asumió.

La empatía entre ambos era ya notable, y las pulsaciones del cuello del eremita se rebajaron considerablemente poniendo de manifiesto su actitud más calmada.

—Y bien, ahora dime, ¿cómo te llamas, chiquillo?

Deseaba hacerle preguntas más livianas para su entendimiento, intentando de esa manera alejarse de sus propios recelos y acrecentar su acercamiento.

—Soy Sancio López de Elzeto⁴, hijo de Lope Sangiz de Elzeto, un hombre libre de Al-Qilá⁵ —respondió orgullosamente el muchacho—. Fui educado para ser un comes⁶.

—Lo imaginaba. ¿Y él, también...?

—Mi padre no podía sentirlo —atajó Sancio—, pero mi madre sí. Ella me dijo que así eran usualmente las cosas.

—¿Dónde están ellos ahora, Sancio? —se interesó el eremita—. ¿Dónde están tus padres?

—Muertos. Los soldados moros se llevaron sus vidas hace dos años en otras razias como esta. Primero cayó mi padre, y unos meses después mi madre.

El ermitaño pensó en un primer momento que el muchacho adolecía de falta de sentimientos debido al frío tono de sus palabras; le parecía que hablaba como si los fallecidos fueran personas lejanas e intrascendentes para él. Sin embargo, al fijarse mejor en su gesto apesadumbrado entendió que el chico empleaba la frialdad para mitigar el dolor de su alma y contrarrestar la soledad sufrida.

—Yo estoy viviendo ahora en los predios de nuestro conde —prosiguió Sancio—. Mejor dicho, estaba; los honorables

⁴ Elzeto: Alcedo (Álava).

⁵ Al-Qilá ('Los castillos'): nombre otorgado por los musulmanes a una primitiva Castilla.

⁶ Comes: en latín, 'conde, dirigente, jefe local'.

aldeanos que me protegían han muerto hoy en esta maldita incursión mora. Tuve que huir y no pude hacer nada por ayudarlos —lamentó.

—Dios los guarde a todos ellos...

—Así sea, magíster.

El estigmatizado muchacho volvió la mirada hacia el sendero del bosque que había llevado hasta él a los violentos soldados de la correría mora e hizo ademán de ponerse en camino.

—He de irme ya —dijo echando a andar hacia el bosque—. Debo llegar al castillo. El conde Munnio me protegerá.

El ermitaño le interceptó antes de que alcanzara la estrecha vereda y se situó de nuevo frente a él, dirigiéndole una afable sonrisa de comprensión y complicidad.

—Espera, Sancio de Elzeto, hijo de un hombre libre de Al-Qilá —le exhortó con dulzura—. Yo también debo viajar a ese castillo; tal vez podamos ir juntos...

—¿Y quién sois vos, ermitaño? —interpeló el muchacho sin dejarle concluir—. No me dijisteis vuestro nombre.

—Soy freile Juan, un solitario eclesiástico venido de las lejanas tierras del sur hace ya muchos años. Escapé de los moros andalusíes para poder practicar mi fe en paz, en la soledad de estos montes —respondió sin perder la sonrisa—. Pero con tu presencia, joven elegido, Dios me ha abierto los ojos a mi verdadero destino. —Mientras hablaba, freile Juan presintió una tranquilidad casi desconocida, una sensación de antaño que volvía a su corazón recordándole otros tiempos más felices, en otros lugares más meridionales. El chiquillo le escuchaba atentamente—. He de revelarte, Sancio, mi joven amigo —prosiguió, sosegadamente, el eremita—, que hace mucho tiempo altos señores cristianos me propusieron una misión muy especial. Pero yo la rechacé a causa de mis innumerables dudas de fe y, por qué no decirlo, a causa de mis temores. Sin embargo, ahora sé que debo retomar esa encomienda que otrora había rehusado. Y, aunque no lo creas, será una misión que nos incumbirá a ambos. —La voz surgía de su garganta con inflexión profética, gan-

gosa y redundante—. Porque tú me ayudarás, Sancio López de Elzeto. Estoy seguro de ello, completamente seguro...

Después de aquella vaga confesión que el muchacho no había llegado a comprender, el freile Juan guardó silencio. Durante un instante se vio transportado atrás en el tiempo. Recordó, entonces, sus días en la brumosa Asturias, conversando con los próceres de ese reino; y resonaron en su cabeza los planes de los obispos y del rey de los asturianos de fundar un lugar para la fe de Cristo en la marca alavesa. Aquella región abandonada a su suerte y sometida a los continuos ataques de los moros debía tener su obispo...

«Qué mejor que un joven mozárabe huido de Córdoba para restaurar la fe de las tierras repobladas —habían dicho aquellos magnates—. Seguro que lo harás bien».

Lo que desestimó entonces, bien podía ser aceptado ahora. Dado de bruces ante su renovada idea, el ermitaño sonrió viéndose convertido en un prelado episcopal de la corte de Asturias.

—¿Entonces, no me rechazáis, freile Juan? —le preguntó con cierta desconfianza Sancio, que había esperado pacientemente a que el ermitaño hablara.

Esta última pregunta le devolvió a la cruda realidad que ambos vivían en ese instante, en un bosque inundado tanto por la niebla como por el miasma de la muerte.

—Nunca te rechazaré, Sancio, pues ahora estamos unidos de por vida —le respondió el eremita en un susurro cómplice—. De por vida...

Y lo abrazó sin temor.

VIERNES. INESPERADO DESTINO

6 de marzo de 2009

Las últimas curvas de la colina dieron paso a un pequeño desvío donde Gonzalo Salazar pudo comprobar, en una minúscula señal, el nombre de la tan recomendada casa rural donde pasaría un tranquilo fin de semana lejos de la ajetreada rutina de su hospital.

El todoterreno 4x4 que guiaba con escasa pericia apenas si se balanceó mientras tomaba la curva, para seguir después circulando por el camino de tierra que surgió tras el desvío. Era una vía bien cuidada, y al parecer transitada frecuentemente a pesar de lo intrincado del bosque. El frescor de la espesura le invadió y, con su mente en blanco, se dejó llevar por la tranquilidad de la naturaleza circundante.

La edificación que se encontró tras la última curva le recordó al antiguo caserío de su abuelo materno, en los confines entre Soria y La Rioja, donde no había vuelto desde su adolescencia. Su abuelo, vencido por una demencia un tanto precoz, se deshizo de todas sus propiedades malvendiendo dehesas y ganados, jugándose al tute los dineros y gastándose los restos en furcias de la calle Montera de Madrid...

«Al menos lo disfruté», pensó Gonzalo tirando con calculada fuerza del freno de mano tras detener su vehículo en un pequeño aparcamiento de gravilla que el caserío le había ganado al bosque.

Acababa de bajarse del 4x4 japonés, cuando una aguda voz femenina le distrajo del recuerdo de los complicados devaneos sexuales del padre de su progenitora. Su propietaria era una delgada joven que apenas alcanzaría los treinta años y que se encontraba junto al único coche aparcado frente al caserío.

—Usted no es de aquí —dijo con fuerte acento vizcaíno la mujer, una pelirroja de figura estilizada, tez tostada y rasgos duros, mientras analizaba la banderola tricolor verde, negra y blanca que su vecina Sara se había empeñado en colocarle al todoterreno—. ¿Extremeño?

—Trabajo allí —respondió Gonzalo, algo perplejo—. Vengo del norte de Cáceres... Es usted muy perspicaz, no todos conocen esa bandera. —El «usted» le salió bastante forzado, pues no solía emplear tal cortesía casi nunca, y menos con alguien tan joven como aquella mujer—. Mejor dicho, casi nadie la conoce.

Como siempre que se encontraba ante una representante del sexo contrario en los últimos meses, Gonzalo se preguntó si la aparentemente exigua figura de la mujer podría en alguna ocasión serle lo suficientemente atractiva como para mantener una relación carnal. Los redondeados relieves de su apretado jersey fueron considerados más que suficientes por su libido y, como de costumbre, su decisión fue afirmativa.

Después se sonrió.

—¿Vienes a pasar el fin de semana? —inquirió la mujer. Consciente del titubeo del recién llegado, ella había abandonado rápidamente el uso del distante «usted».

—Sí —respondió Gonzalo—, he quedado con unos amigos que van a enseñarme estos valles. Dormiré aquí esta noche.

—Los disfrutarás —sentenció la joven vasca—. El Parque de Valderejo es impresionante, y los valles de las Merindades tam-

bién; tanto por el entorno natural como por las ermitas y restos arqueológicos. —Hablaban con contenido entusiasmo. A Gonzalo le quedó claro que ella estaba encantada allí—. Y yo entiendo bastante de eso —incidió con expresión inteligente.

La mujer hizo una pequeña pausa para escudriñarle sin pudor. Gonzalo le pareció un hombre agradable. Era relativamente delgado, no muy alto, de cabello oscuro y corto, tez pálida, facciones juveniles y mirada vivaz. No era capaz de definir con claridad su edad, pero le echó unos treinta y tantos.

«No más de treinta y ocho», se dijo.

Solía acertar con los años.

—Fenomenal —dijo él con cierta indiferencia. Estaba algo cansado del viaje y deseaba entrar en el caserío.

—Además, la casa rural está muy bien —prosiguió ella con la misma inflexión vehemente—; es acogedora, está a pocos kilómetros del parque y sorprendentemente vacía en esta época... Llevo aquí un mes y, ya me ves, me moría por hablar con alguien.

El recién llegado correspondió la amable sonrisa que la mujer le brindaba. Se consideraba una persona extrovertida y abierta, pero el desparpajo y la iniciativa de la mujer le aturdieron parcialmente. Además, había algo en ella que le provocaba un cierto grado de ansiedad que le costaba definir.

Sintió su mirada casi atravesándole.

—Pues a mí me dijeron que esta casa rural estaba siempre muy concurrida —comentó Gonzalo sin perder la sonrisa, a pesar de todo.

—Pero no ahora —replicó la mujer intentando mostrarse divertida—. El invierno suele ser temporada baja. Y aquí aún es invierno... te lo aseguro.

Gonzalo la acompañó con una media carcajada de compromiso. Después cerró su vehículo con el mando a distancia, tomó una bolsa de viaje de moderadas dimensiones que había sacado del maletero, y comenzó a caminar despacio hacia la entrada.

El caserío era una construcción de tres alturas, edificada en piedra, de de tamaño considerable y aspecto robusto. Sus paredes, que bien podrían tenerse por muros, estaban salpicadas por algunas macetas colgantes repletas de vistosas hortensias, lo que dotaba al edificio de un aspecto limpio y cuidado, y de una sensación de familiaridad propia de cualquier casona particular de las Merindades.

—Subiré mi maleta —dijo Gonzalo—. Mis amigos acudirán esta tarde... Al menos eso creo, pues no he podido contactar con ellos desde esta mañana.

—Yo volveré a Bilbao mañana sábado —informó ella vagamente—. Pero antes debo devolver el coche. Es alquilado.

—¿Estabas aquí sola?

—Puede decirse que sí —respondió la joven—. Vine a concluir un trabajo pendiente que es muy importante para mí.

La frase sonó a final de acto. El silencio se interpuso entre ellos un instante. Gonzalo dudó en preguntar algo más. No quería parecer demasiado indiscreto. La incómoda falta de conversación concluyó en un cordial saludo y, cargando de nuevo con su bolsa de mano, Gonzalo alcanzó la escalera exterior de la casa rural. En un momento, ante el primero de los peldaños, se interpeló a sí mismo acerca de lo que podría hacer durante la tarde y, tras ese mínimo intervalo, se volvió de nuevo hacia la extraña mujer.

—Supuse que eras de allí por tu acento —añadió intentando hacerle ver que se sentía a gusto con su conversación inicial.

Ella, que estaba revolviendo el maletero de su utilitario azul, dejó lo que tenía entre manos, cerró el portón trasero del coche y avanzó hacia la puerta delantera del vehículo, que había quedado entreabierta.

—¿Perdón...?

—Que me imaginaba que eras de Bilbao por tu acento —insistió.

—¿De veras?

—Sí.

—Vaya, qué sagaz...

—No es para tanto. Bueno..., ya sí que subo la maleta a mi habitación —sentenció Gonzalo, y se dirigió hacia la casa—. Nos vemos después, si acaso.

—De acuerdo... Por cierto, ni siquiera te he dicho mi nombre. Pensarás que soy una maleducada...

—No tiene importancia —dijo Gonzalo—. Tampoco yo me he presentado.

—Me llamo Garbiñe Laín —informó ella, sonriendo.

—Yo soy Gonzalo. Gonzalo Salazar —correspondió él, con igual cordialidad, deteniéndose un instante para saludar con la mano; después se despidió sin dejar de caminar hacia el interior del caserío—: Hasta luego entonces, Garbiñe.

Una vez dentro de la casa, Gonzalo atravesó un vestíbulo amplio, de suelo cerámico color tostado y diseño marcadamente rural. Sus paredes estaban pintadas de un tono marfil y habían sido adornadas con un zócalo de madera que ofrecía al visitante un ambiente cálido y acogedor. A la derecha, el vestíbulo se abría a un gran salón donde, al fondo, junto a dos sillones de cuero marrón anaranjado, serpenteaban las llamas de un fuego encendido en una rústica chimenea de piedra vetada, posiblemente originaria de la sierra de Arcena.

«Bonito lugar», pensó Gonzalo.

La encargada de la casa le abordó, nada más entrar, con una sonrisa en los labios.

—Buenas tardes, estábamos esperándole —saludó, solícita, con un tono estentóreo, bastante molesto para su huésped.

Hablaba con los brazos en jarras y las manos apoyadas sobre sus caderas, sin modificar su rictus previo, una sonrisa de compromiso bastante forzada que le confería un aspecto de relativa simpleza acrecentado por el tono chillón de su voz. Gonzalo le devolvió una sonriente mueca de desconcierto.

—Porque es usted el señor Gonzalo Salazar, ¿no es verdad? —prosiguió ella, ofreciéndole la mano derecha con excesivo fervor comercial.

—Sí, soy yo. ¡Qué eficacia! —exclamó Gonzalo, aún sorprendido por tan precoz recibimiento, mientras correspondía a la mano tendida por la mujer.

—Resulta que no hay ninguna otra reserva para hoy, señor Salazar —explicó ella con insulsa monotonía—. Venga, le tomaré los datos.

—No lo entiendo —se quejó Gonzalo—. Mis amigos reservaron habitación para esta noche.

—Hemos tenido una anulación esta mañana, señor Salazar —explicó la casera.

—Ahora los llamaré —murmuró Gonzalo—. ¿Qué habrá ocurrido?

—Sígame, si no le importa. Rellenaremos la hoja de registro de huéspedes.

La encargada, que era una mujer gruesa, cincuentona, de cabello rubio teñido y cardado, y de cara amablemente rubicunda, le llevó a una pequeña habitación que hacía de antesala a una magnífica cocina de encimeras de mármol y fogones decimonónicos. Enseguida se percató Gonzalo de la limitada capacidad de comunicación de su anfitriona, y comprendió los deseos de conversación de su joven vecina.

Tras el intercambio habitual de documentación y llaves, el huésped Gonzalo Salazar subió a su habitación. Lo primero que hizo tras atravesar la gruesa puerta de madera fue abrir su exigua bolsa de viaje para colocar, desordenadamente, su ropa y complementos en los grandísimos cajones del armario de la habitación. Después fue al baño, pues tenía la costumbre de comprobar que todo en el aseo estaba correcto: el papel higiénico en su lugar, el gel de baño, las toallas... Se sonrió al recordar cómo le había inculcado su ex mujer aquel ritual inquisitorio, tal vez en exceso femenino. Le sorprendió gratamente el precinto del inodoro, que retiró con pulcritud, ya que no era algo habitual en otras casas rurales que había frecuentado.

Al cabo de un rato, Gonzalo se había acomodado en una amplia estancia adornada con aperos de labranza, artículos de corte

rural y cuadros de fútiles escenas etnográficas propias de aquellos valles, enclaves de naturaleza e historia entre Álava y Burgos como antes le había comentado Garbiñe. La cama, robusta y ancha, decorada con un cabecero de hierro forjado, estaba situada en el centro del cuarto, flanqueada por dos mesillas de madera maciza y cubierta por un edredón bordado a mano que daba la impresión de administrar al durmiente un confortable calor. A la derecha de la cama, un gran ventanal se abría a una vereda empedrada con losas de pizarra que se adentraba en el bosque.

Miró la bandeja de entrada de mensajes de su móvil. Tenía dos mensajes que aún no había leído.

«Vaya, no me había dado ni cuenta», se dijo. Después de abrirlas, comprobó que uno de los mensajes era de sus amigos donostiarras. Le informaban de que habían tenido un percance durante la mañana y lamentaban no poder quedarse a dormir en la casa rural. Quedaban en llamarle, pero aún no lo habían hecho. No estaba claro si podrían verse a la mañana siguiente.

—¡Vaya contratiempo! —se quejó—. Después de un viaje tan largo se fastidian los planes ecológicos.

El otro mensaje sólo hacía referencia a una llamada sin respuesta. Era un abultado número desconocido que le sonaba a centralita.

«Parece del hospital», pensó.

Dudó un instante antes de tomar una decisión, pero finalmente eliminó el número sin responder a la llamada.

«Ahora no estoy para nadie».

Regresó al baño y se refrescó el rostro en el lavabo intentando despejarse. Frente a su imagen reflejada en el espejo lamentó su pésima suerte:

«Ya veremos qué hago si no vienen estos».

Salió del baño igual de cansado o más que cuando entró. Volvió la vista a la estancia y acabó por sucumbir a la tentación de aquella cama de notables dimensiones, arrojándose sobre ella con cuidado. Una vez tumbado, se giró buscando una posición cómoda y, casi sin quererlo, dormitó un rato.

Un cálido olor de pan tostado a la lumbre le despertó. La tarde había transcurrido despacio y la llamada que esperaba de sus amigos se retrasaba. Y ni siquiera contestaban a sus mensajes. Además, la mujer de la recepción había confirmado que él era su única reserva de esa noche.

«¿Qué pensarán hacer estos tíos? —se preguntó recordando a sus amigos con bastante mal humor—. No sé nada de ellos. Si no pueden venir pues que lo digan claro».

Algo aturdido por su onírico viaje, y temeroso del aburrimiento, decidió pasar el resto del día en el exterior. Cuando se disponía a bajar al salón, ya en el pasillo y recién cerrada la puerta de su habitación, le sorprendió un tumultuoso griterío proveniente del vestíbulo. Creyó percibir la voz aguda de la encargada, nerviosa y angustiada, junto con un extraño estridor que, tras un momento de duda, identificó como un gemido procedente de la garganta de Garbiñe Laín.

Entonces bajó de forma apresurada las escaleras buscando el lugar de procedencia de los gritos. En el umbral de la amplia puerta que separaba el salón de la entrada, Gonzalo se encontró con una escena bastante desconcertante. Garbiñe se hallaba sentada en el suelo, emitiendo un sonoro jadeo mientras se miraba con gesto desesperado sus manos, aprisionadas en una contractura dolorosa que hacía a sus dedos tomar la forma de una garra. Junto a ella, de rodillas, la encargada intentaba saber cuál era el mal de su huésped mientras sus gruesos dedos intentaban marcar nerviosamente el número de teléfono del servicio de emergencias. Al lado de la joven vasca observó un rebusco de papeles que le pareció una carta arrugada junto a su sobre.

—Déjeme, señora, soy médico —ordenó Gonzalo, de forma imperativa.

La aterrada encargada se apartó enseguida, tranquilizada por aquellas palabras que le sonaron a cantos celestiales. Gonzalo tomó una de las manos de la joven y, apretándole la palma con cierta energía, pudo deshacer durante un rato la forma de garra que la mano había adquirido. Una somera exploración le

bastó para comprender que la joven se encontraba sumida en una angustiosa crisis de ansiedad.

—Por favor, traiga una bolsa de plástico —requirió con autoridad. La casera le obedeció más rápido de lo que el médico hubiese esperado.

Una hora después, tras apurar el aire de la bolsa y disolverse en su saliva una pequeña cápsula que el médico le había situado bajo la lengua, Garbiñe se encontraba infinitamente mejor, repanchigada en uno de los sofás del vestíbulo, enfrente de una taza de cacao caliente y ensimismada ante las tonalidades naranjas de la relajante hoguera que crepitaba junto a ellos.

A su lado, Gonzalo murmuraba frases afectuosas, vanas e intrascendentes, frecuentemente utilizadas en sus días de guardia en el hospital cuando se le presentaban casos similares.

—Vaya espectáculo que os he dado —se lamentó la joven—. Lo siento.

La disculpa de Garbiñe llegó después de un rato, cuando se dio cuenta de que casi volvía a ser ella misma. No obstante, su propia voz le sonó todavía distante, distorsionada por la sequedad de su pastosa lengua.

—No importa, Garbiñe —afirmó, tranquilizador, Gonzalo—. Ha sido sólo un mal momento. Puede pasarle a cualquiera.

—¿Qué es lo que me has dado?

—Es un tranquilizante muy suave. A veces lo llevo porque me ayuda a dormir en situaciones de mucho estrés —explicó el médico.

—Te aseguro que... que yo no soy así —se justificó Garbiñe, dando muestras de estar aún avergonzada—. Jamás me había pasado algo similar. Empecé a respirar y no me entraba el aire. Es inaudito...

—Te repito que no pasa nada, Garbiñe. De verdad... No le des más vueltas. A veces, a todos nos pueden los nervios —sentenció Gonzalo.

—Tú no lo entiendes —gruñó con acritud—. Me está pasando algo espantoso. Es increíble pero...

Las pupilas de la joven brillaban como pequeños alfileres puntiformes.

—Podrías contármelo... si crees que así te sentirás mejor —aconsejó el médico al ver que la joven no concluía su frase—. Soy un extraño, y cualquier secreto estará bien guardado en los confines del valle del Jerte. —A pesar de la sutil ironía, su ofrecimiento era, sin embargo, amable y sincero—. Además, recuerda que soy médico y nuestro código deontológico nos obliga al secreto profesional... Piensa en mí como si fuera un cura.

—No sé. —Un hondo suspiro acompañó sus palabras. Su gesto revelaba múltiples dudas. Hablaba casi en un murmullo difícilmente audible—. La verdad, no sé si debo...

A pesar de su recién adquirida tranquilidad, sus ojos seguían mostrándola apesadumbrada. El médico le sonrió.

—Es igual, Garbiñe. No te mortifiques. Si quieres hablamos de otra cosa —propuso—. Total, mis amigos no me han llamado, y me veo cenando hoy aquí. Podemos hacernos compañía.

Ella sonrió con tibieza.

—¿Son médicos?

—Sí..., bueno, en realidad mi amigo es el médico. Viene, o debería venir, con un par de amigos suyos, pero no sé a qué se dedican ellos.

—¿Sabes por qué no han llegado?

—La verdad es que últimamente estoy más que perdido —confesó Gonzalo—. También tengo mis problemas, y ni siquiera confirmé que vendrían. Al parecer olvidé responder a un mensaje suyo de esta mañana.

—¿Viven por aquí?

—Son donostiarras —respondió Gonzalo—. Mi amigo es el doctor Lucio Elizondo, jefe de urgencias de una clínica privada en San Sebastián.

—¿Cómo le conociste?

—Le conozco desde hace unos tres años, cuando coincidimos en un simposio médico en Viena —explicó el médico—. Teníamos pendiente una visita en común a estos bosques...

Siempre me han atraído las Merindades y los bosques alaveses. La última vez que hablé con él le pedí que viniera a darnos unas conferencias. Le pareció bien citarnos en una casa rural de estos valles y así, amén de concretar su visita a nuestro congreso regional, de paso, aprovecharíamos para hacer turismo.

—Es una buena idea.

—Lo sé.

—Sería muy mala suerte si no aparecen —apuntó Garbiñe—. Habrías hecho un largo viaje en balde.

—Ya me ves —lamentó Gonzalo—. Soy un desastre organizando mi vida.

—Ya veo.

El médico hizo una pausa. Ella parecía mucho más sosegada. Su silencio duró lo justo para no convertirse en incómodo.

—Me dijiste o entendí que eras guía turística... o arqueóloga, tal vez —inquirió Gonzalo—, ¿o me lo estoy inventando?

—Algo así —contestó, sonriendo, ella—. No vas mal encaminado. En realidad soy historiadora y filóloga, pero me dedico al mundo de la paleografía medieval. Ahora está de moda llamarnos medievalistas.

—Vaya, esto sí que es una coincidencia —exclamó Gonzalo con inflexión jactanciosa—. Aunque soy médico, en mis ratos libres estoy estudiando Historia Medieval en la UEX, la Universidad de Extremadura.

Garbiñe le observó entre incrédula y divertida.

—No sé si creerte —objetó sonriendo—. Parece una argucia para engatusarme... Y no estoy para esos juegos de momento.

—Pues es completamente cierto. La verdad es que últimamente he tenido varios problemas —el médico intentó explicarse—. Bueno, ya que estamos de confesiones, te lo cuento todo y en paz... Mi mujer me dejó hace menos de un año. —La inflexión de su voz y la lentitud con la que hablaba dejaban en evidencia que Gonzalo se avergonzaba de aquel suceso de su vida. Sin embargo, había algo en la medievalista que le instaba a abrir

su corazón—. Estaba algo estresado con el divorcio y, ya que la Historia siempre me ha gustado, decidí matricularme en la UEX. Eso me sirvió para evadirme y, de paso, era una forma de conocer gente. El ambiente del hospital me agobiaba un poco; parecía que tuviera que dar cientos de explicaciones a cada paso. Y menos mal que no teníamos hijos, que si no... Es un hospital comarcal, ya sabes, en una pequeña ciudad de provincias, con sus cotilleos... un rollo.

La medievalista vasca sonrió.

—No es como Bilbao, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondió Gonzalo pausadamente, mascullando las palabras—. Entiendes ya lo del tranquilizante, ¿verdad?

—Sí, claro que lo entiendo.

—Y entonces, ¿me contarás qué es lo que te preocupa tanto? —insistió Gonzalo de nuevo. Siempre había sido bastante cotilla.

—Pues...

En cierto modo, lo que el médico deseaba era mantener abierta una conversación que percibía gratificante. Desde que en su último año de trabajo en uno de los grandes hospitales madrileños contrajera matrimonio con la que ahora era su ex mujer, era la primera vez que sentía una corriente de empatía como aquella.

Era como volver atrás. Desde su adolescencia le gustaba analizar cómo encajaba su propia personalidad con la de quienes le rodeaban. Le gustaba aparentar imparcialidad con su otro yo, pero lo que hacía en realidad era juzgar quién merecía participar de sus pensamientos y quién no. Tal vez sólo fuera el mecanismo de defensa de un muchacho enclenque y desgarbado; pero, ya en su madurez, Gonzalo consideraba que tal comportamiento le había sido muy útil a lo largo de toda su existencia. Era una especie de clasismo intelectual aberrante difícil de explicar, pero sin él no habría podido soportar el vergonzante despecho de su reciente divorcio.

Para su sorpresa, Garbiñe había superado con rapidez y suficiencia aquella especie de prueba de valor como si hubiera for-

mado parte de su vida desde mucho antes. Le habían bastado unos pocos minutos para considerarla suficientemente adecuada para compartir la mayor parte de sus inquietudes, y eso le instaba a inmiscuirse, tal vez demasiado prematuramente, en las de la medievalista.

—Bueno, ¿qué me dices, «colega»? —exhortó Gonzalo sonriendo.

Garbiñe titubeaba. Apenas acababa de conocerle y, a pesar de la inesperada corriente de simpatía sentida, una sombra de desconfianza recorrió de nuevo sus todavía dispersos pensamientos. Gonzalo la miraba expectante, pero paciente, sin hostigarla. Con sus cálidos ojos, que se acompañaban de un gesto amable y conciliador, el médico pretendía que ella le considerara lo suficientemente cercano como para confiar en él.

Los segundos de incertidumbre de la medievalista se le hicieron casi interminables mientras ella escrutaba esa afable mirada intentado descubrir el porqué de su interés. No obstante, el médico no parecía ningún espía de su temida fundación.

—Vamos a mi cuarto —exclamó finalmente ella, de una forma un tanto impulsiva, dando muestras de que a la postre había resuelto su dilema—. Tal vez tú entiendas mi angustia. Al menos eres casi un historiador...

Se levantó como un resorte, animosa y sonriente como si la reciente crisis de ansiedad ya fuera parte de un lejano pasado. Una vez en pie, se quedó un instante absorta en la carta que tenía entre las manos. Entonces la arrugó con rabia contenida convirtiéndola en una pelota de papel, y la guardó en el bolsillo de atrás de su vaquero.

—¿Entonces? —volvió a incidir él.

—Entonces, nada —sentenció ella—. Venga conmigo, doctor. —Sus ojos brillaron, todavía marcados por un punto de furia que iba, poco a poco, siendo controlada—. Sígame.

Y salió caminando apresuradamente hacia la escalera que conducía a los dormitorios de la casa rural sin darle tiempo a responder. Gonzalo la siguió sin tener claro qué era lo que le iba

a mostrar. Por un lado, la mujer le generaba una extraña atracción; por otro, un recelo que se mezclaba, en cierto modo, con algo de temor. Sin embargo, en otros momentos de su vida sus apuestas vitales habían salido bien, y en esta ocasión no tenía por qué ser distinto.

—¡Vamos, que te quedas atrás, doctor Salazar! —le gritó Garbiñe, desde el primer recodo de la escalera.

—¡Voy!

Era bastante evidente que la lingüista vasca ya había tomado la determinación de confiarse al galeno extremeño. Él subió tras ella saltando de dos en dos aquellos peldaños de madera de roble con la rara sensación de estar abriendo una caja de Pandora que podría no saber controlar.

IOHANNES ABATE

Annus Domine 802

El otoño había irrumpido de repente en el bosque coloreando el suelo con un manto de ocre y amarillos. Junto al arroyo, las zarzamoras endulzaban las bocas de los viandantes con sus últimos racimos de minúsculos boliches negros y granates. En las estrechas veredas, los escaramujos ofrecían sus esféricas y bermejas bayas; las endrinas, sus violáceos y agridulces arañoses; los robles, el ovoide amargor de sus bellotas; y las piñas, que salpicaban el lecho de hojarasca que cubría las bases de los troncos de sus espigados padres, concedían, al abrirse, el tesoro de sus piñones a un ejército de animaluchos comandados por cuervos, urracas, ardillas, topos y ratones.

Sancio caminaba despacio, disfrutando de los húmedos aromas que la densa arboleda le proporcionaba, absorto en sus pensamientos, que en las últimas horas eran, más que nada, preocupaciones. Su cuerpo empezaba a abandonar las desproporcionadas formas de la adolescencia: más ensanchados los hombros y las ijadas, más duras las facciones, y más gruesa y profunda la voz. Aún era delgado, pero su aspecto había ganado en contundencia. Después de casi tres años en el monasterio que fundara el freile Juan, al final se había acostumbrado a la severa disciplina de los

monjes benedictinos y aceptaba sin rechistar las órdenes de su mentor, que ahora era el abad de Santa María de Valpuesta.

Esa tarde, el muchacho marchaba cabizbajo en dirección al castillo del conde Munnio, ya que no alcanzaba a comprender por qué le habían incluido en aquella comitiva que formaban el abad Juan y una media docena de sus *gasalianes*⁷ más fieles. El castillo había formado parte de su vida en sus años infantiles, cuando las razas musulmanas le dejaron huérfano. El conde Munnio le había acogido entonces intramuros durante unos meses y, desde luego, no es que recordara aquellos tiempos como demasiado duros o particularmente malos. Es más, reconocía en su fuero interno que había sido bien tratado, pues los hombres del conde respetaron su noble estirpe y se preocuparon de darle una educación adecuada para ser el jefe de un clan. Pero cuando el abad Juan se cruzó en su camino todo cambió, y después de los tres años transcurridos bajo su tutela, el joven tenía claro que deseaba seguir en el monasterio para siempre. El ambiente del castillo se le antojaba ahora demasiado distante, casi hosco, y no deseaba tener que dar de nuevo explicaciones acerca de su endemoniado estigma.

—Vamos, Sancio —llamó el abad, devolviéndole a la realidad del sendero montaños—. No te hagas el remolón. Debemos llegar al castillo antes de la anochecida.

—¡Ya voy, abad Juan! —respondió el joven adelantándose hasta donde estaba su tutor tras una corta carrera.

—¡Ya estamos cerca! —gritó desde la cabecera del grupo un freile de rubicunda cara y de nombre Belasco, que había nacido en la cercana villa de Espejo⁸—. ¡Apresurad la marcha los de atrás!

Durante un rato, Sancio se mantuvo en silencio caminando junto al abad. Iban al mismo paso, ocupando casi por completo la estrecha senda que atravesaba el bosque hacia la fortaleza del conde. De vez en cuando, el abad lo miraba de forma inadver-

⁷ *Gasalianes*: partidarios, prosélitos, discípulos.

⁸ Espejo: Espejo (Álava).

tida, esperando que el muchacho iniciara una conversación con él, y dispuesto a responder a cualquier pregunta de su pupilo, por muy imprevisible que fuera.

«Algo le ronda la cabeza a este chico», se decía el abad.

No sabía qué le preocupaba al joven vándulo, pero había algo, estaba seguro. Le parecía que Sancio llevaba todo el día queriendo hablarle, aunque sin atreverse. Con paciencia, aguardaba a que el joven se decidiera, incluso le lanzaba pequeños envites para estimular el diálogo. Sabía que, en algún momento, Sancio le relataría sus cavilaciones y todo se aclararía.

Pero el joven callaba. Dos días antes de aquel viaje, su estigma había vuelto a dar amenazantes señales de vida en la persona de freile Belasco. Hasta entonces, nadie le había comunicado que estuviera previsto que él acompañara a los monjes al castillo y, por ello, en sus pensamientos estaba marcado ese evento como el motivo que le llevaba a ser alejado del monasterio.

Y tal convencimiento le cohibía.

Le daba vueltas y vueltas en su cabeza intentando buscar la mejor manera de olvidarse de ello. Sin embargo, cuando lo pensaba mejor, consideraba que no debía dejar de lado sus opiniones y deseaba comunicarlas. Poco a poco convino consigo mismo que ya estaba decidido. En cuanto pudiera, le haría notar a su mentor su disconformidad respecto a cualquier posibilidad que incluyera llevarle a vivir en el castillo.

Agarró con fuerza la badaza que colgaba de su cinturón y, maldiciendo una vez más su estigma, estuvo tentado de arrancársela para lanzarla a la profundidad del bosque. Un suspiro profundo surgió de sus entrañas y, finalmente, el recuerdo de su madre y el cálido aroma que la badaza dejó en su mano le concedieron las fuerzas precisas para hablar.

—Vuelvo a pedirte disculpas por lo sucedido anteayer, mi señor abad Juan —manifestó con un rictus muy serio, adornado de una solemnidad que hizo sonreír a su tutor—. No pude controlar al Gaizkiñ... pero no volverá a pasar, lo juro. —El eclesiástico lo miró con una sonrisa en sus labios, casi con un gesto de

jocosidad que el muchacho no comprendió, y sus ojos le devolvieron al abad una mirada llena de desazón e ira. El religioso estuvo tentado de reprimirlo, sin embargo prefirió esperar a sus argumentos. Sancio prosiguió—: Ya sé por qué me has traído contigo en esta comitiva.

—¿Sí?

—Vais a dejarme abandonado en el castillo para que mi estigma no os cause más problemas en Santa María de Valpuesta.

—¡Así que es eso! —exclamó el religioso, aún más sonriente que antes—. Ya me tenías preocupado, querido Sancio. Creía que habías enfermado.

—Enfermaré en el castillo, seguro —amenazó Sancio, sin dejar de incidir en su argumentación—. Y allí el estigma será mucho más peligroso...

El abad Juan se detuvo y le señaló con su dedo índice reprendiéndole.

—No se amenaza, Sancio —dijo muy serio.

—Lo siento —masculló el joven várdulo.

—Además, Sancio, no creo que se cumpliera lo que dices —añadió el abad más condescendentemente—. Ni enfermarías, ni el estigma sería más maligno. Pero...

—¿Pero qué? —insistió el joven.

—Pero estás equivocado. No sé de dónde has sacado esa idea, Sancio, pero no voy a abandonarte en el castillo del conde —le informó, tranquilizadamente, el abad de Santa María de Valpuesta—. Aunque, si lo hiciera, no te ocurriría nada malo. El conde Munnio cuidó muy bien de ti cuando los sarracenos asolaron Elzeto y sitiaron a tus padres en la torre de Astúlez; y también después, en cuanto supo de su muerte. Yo reclamé tu tutela cuando, más tarde, tú y yo nos encontramos..., ya sabes por qué. No tengo que recordarte cómo nos conocimos. El conde, que tenía mayor ascendiente sobre tu persona, te puso a mi cargo sin dudarlo... Y, desde luego, yo no voy a deshacerme de ti ahora.

—¿Por qué marchamos, entonces, todos en esta inusual comitiva? —inquirió, un poco más sosegado, el joven—. Casi

nunca nos acompañáis cuando llevamos aparejos, berzas y hortalizas para intercambiar...

—Pensé que te apetecería volver conmigo al castillo del conde —incidió el freile haciendo hincapié en el término «conmigo»—. Es un lugar casi mágico para nuestra comunidad... y me gustaría que así lo percibieras.

—Ya lo visito de cuando en cuando, abad Juan —refutó el joven várdulo—. Cada dos semanas ayudo al freile *camerarius* a traer las cosas.

—Cierto —convino el abad—. Pero no pasáis de las cocinas o de las cuadras de los arrabales. Tienes que sentir el corazón que late en el castillo.

—¿Las piedras laten? —su anterior nerviosismo le llevó a hacer una broma de las palabras del abad. Al instante se arrepintió de su inconveniente mordacidad. El severo gesto del abad le hizo percibir el error cometido.

—¡No seas tan obtuso, Sancio! La cortedad de miras no me agrada en absoluto. Te considero un joven sensible e inteligente —reprochó el eclesiástico con dureza.

—Perdón, abad Juan, no medí bien mis palabras —se disculpó Sancio con sinceridad—. Tenéis toda la razón.

—Mi deseo es que sientas el castillo como yo mismo lo siento, y que aprecies lo que significa para nuestro monasterio —expuso el abad con vehemencia—. Por eso quería que vinieras hoy conmigo. Soy yo el que debo comparecer ante el conde, no tú, mi soberbio pupilo.

El chico se calló, vencido por la evidencia. Estaba algo más tranquilo ante la aclaración del abad confirmando que se trataba de una visita de cortesía, y no deseaba pleitear más con su mentor.

—En fin... —suspiró mirándole a los ojos—. No me lo tengáis demasiado en cuenta, magíster.

—Venga, Sancio —instó el abad, sonriendo halagado por el afecto que le mostraba su pupilo—, apresurémonos. Esos freiles nos sacan mucha ventaja...

* * *

El camino serrano concluyó ante los gruesos lienzos de las murallas del castillo del conde, una gigantesca mole de roca y madera que emergía fantasmagóricamente en lo intrincado de la espesura. A pesar de los continuos ataques de los sarracenos a las tierras de Álava y Al-Qilá, aquella oculta fortaleza levantada sobre los cimientos de un antiguo castro romano parecía invisible a los ojos de los moros, pues jamás habían alcanzado siquiera sus arrabales, y daba la impresión de que desconocían incluso su existencia. Tal vez, los rezos de los monjes del pequeño monasterio de Santa María y las demás plegarias de otros eremitas que estaban repartidos por la sierra lo protegían. El caso es que desde allí los hombres de Al-Qilá avanzaban hacia el sur sin pausa, y los moros no eran capaces de detenerlos.

Ante los portalones de gruesa madera de roble, el abad Juan recordó aquellos lejanos días en los que abandonara sus grutas en la piedra para tomar el compromiso de convertir la pequeña ermita de Santa María de Valpuesta en un verdadero monasterio benedictino.

Lejos del motivo que había sospechado el joven Sancio, las razones de abad Juan para acudir con tanta premura al castillo del conde tenían más que ver con el propio monasterio y con la burocracia asturiana que con el desagradable incidente del Gaizkiñ que había puesto en serio peligro al pobre freile *camerarius*. El rey de Asturias estaba preparando un documento fundacional para su monasterio y había que limar asperezas con el magnate local, que no estaba muy dispuesto a ceder ni un ápice del gobierno de su condado a los asturianos.

Después de dar santo y seña, los monjes pasaron bajo el rastro de hierro, atravesaron las gruesas puertas de madera y acabaron en medio del patio de armas del castillo, aguardando a que un peón acompañara al abad Juan junto al conde.

—Tú esperarás aquí con Belasco, Sancio —ordenó el abad—. Yo he de hablar con el conde Munnio. Enviaré a un guardia a por ti cuando finalice nuestra reunión. Presta atención a todo lo que veas... y, por favor, no tienes la ira del Gaizkiñ.

El muchacho prometió obedecer. Se fijó en un escaño de piedra que estaba adosado al lienzo de la muralla y se acomodó sobre él. En el patio se ejercitaban unos cuantos guerreros del conde y, desde su asiento, se entretuvo observando sus atléticos movimientos. Estaba contento. Las palabras de su mentor le habían tranquilizado, y eso le permitía observarlo todo sin angustia añadida. Las otras veces que había acudido a la fortaleza, freile Belasco, el *camerarius*, le había metido en el almacén a descargar, y ya casi no recordaba cómo luchaban los soldados. Sin embargo, en esta ocasión el freile *camerarius* le había dejado a su libre albedrío mientras él intercambiaba pequeños aperos de labranza tallados en buena madera de pino y artilugios varios que había traído en una gran saca de cuero desde el monasterio. Así era la naturaleza de freile Belasco: comerciante metido a monje. El abad Juan lo sabía, y lo consentía, pues no en vano sus trueques beneficiaban habitualmente las arcas de Santa María de Valpuesta.

Los soldados iban y venían. Un pequeño sotechado construido en madera y paja en mitad del patio servía como almacén de armas, y los hombres entraban y salían de él con espadas y escudos de madera. Después, dispuestos en dos filas algo irregulares, se enfrentaban unos a otros con bastante ardor. Tanto que, de cuando en cuando, se escuchaban los gritos de dolor de los hombres que habían sido golpeados y las risotadas de los vencedores.

Sancio estaba absorto e impresionado con el espectáculo. El sordo sonido de los golpes que intercambiaban le conmovía, produciéndole un ligero cosquilleo en el estómago. Era como una extraña combinación de miedo, gozo y envidia. Mas, si hubiera tenido que decir qué era lo que más le embargaba, se habría decantado por la envidia.

—Hola —escuchó, entonces, a su espalda.

Estaba tan ensimismado en los movimientos de los hombres del patio que no se había percatado de que alguien se le aproximaba. Algo sobresaltado, Sancio se volvió a su interlocutor. No le había gustado tanto sigilo.

Para su sorpresa, se encontró frente a un muchacho que debía de rondar su misma edad, vestido a la usanza de los hombres de armas de la fortaleza. Iba embutido en una cota de malla de hierro, que le llegaba hasta sus rodillas, y cubierto con una barroca celada decorada con una cenefa que recorría, labrada en relieve, toda la circunferencia inferior del casco. Las pequeñas torres plasmadas en ese ornamento le recordaron la imagen del castillo del conde. Debajo de la malla se podían vislumbrar una camisola y un calzón de ruda lana de color oscuro. El joven guerrero calzaba botas de cuero reforzadas con cubiertas de metal que le llegaban casi hasta las rodillas y, para completar su estampa, en su mano derecha llevaba una de las espadas de madera con las que entrenaban los hombres del patio.

—Hola —saludó Sancio. Su voz llevaba incorporada una buena dosis de recelo. No le había gustado verse sorprendido. También, tal vez más que cualquier otra cosa, envidió la apostura del otro chico.

Este se quitó el casco y lo depositó en el escaño de piedra. Sancio pudo observar sus ojos claros, penetrantes, casi soberbios, y su cabello castaño, oscurecido por el sudor que pegaba unos mechones con otros enmarañándolo. El joven guerrero del castillo se retiró el pelo de la cara con el antebrazo, cambió la espada de madera a la mano izquierda y le ofreció la derecha a Sancio con una sincera sonrisa.

—Me llamo Nuño. —Sus palabras se acompañaron con un gesto mezcla de altivez y amabilidad—. Soy el hijo del conde Munnio. El abate Juan me ha instado a venir a saludarte. Casi diría que me lo ha ordenado —bromeó.

Sancio percibía una sensación confusa. Era agradable hablar con alguien de su edad; sin embargo, ardía en deseos de testar la valentía de aquel joven soldado. En contra de los consejos que

le había dado su mentor, llevó su mano disimuladamente a la escarcela de su cinturón y pellizcó una pequeña porción de su contenido.

—Yo soy Sancio —respondió tendiendo la mano impregnada de polvo. Una inapreciable parte del mismo se espolvoreó en una minúscula nubecilla—. Sancio López de Elzeto, hijo de...

—Lo sé. El abate me lo dijo —atajó Nuño, tomando la mano de Sancio con sana energía—. Al parecer debimos coincidir en este castillo cuando éramos más pequeños y tus padres...

—No lo recuerdo —farfulló Sancio, con un rictus de indolencia, interrumpiéndole. Su preventivo recelo no menguaba. Le faltaba sentir su alma.

El joven Nuño hizo caso omiso al gesto de Sancio, pero al estrechar su mano percibió un extraño calor que le hizo intentar retirar la suya. Su intento no tuvo éxito, su mano no le respondía y parecía haber perdido toda su fuerza. Angustiado, clavó sus ojos en ella intentando concentrar toda su energía en sus dedos.

Nada.

Entonces llevó sus ojos hasta los de Sancio buscando una explicación, pero sólo le sirvió para quedarse atrapado en ellos, inexpresivos, vidriosos, grises y fríos. Súbitamente advirtió nuevos goterones de sudor irrumpiendo en su frente y una pesadez en su garganta.

—¿Qué me pasa...? —balbució.

—Nada, Nuño, solamente es Él... —respondió Sancio con una voz herrumbrosa y quebrada.

De repente, el freile *camerarius* apareció en el umbral de una de las puertas de las cuadras departiendo amigablemente con uno de los mozos palafreneros. La casualidad le llevó a dirigir su mirada a la esquina donde estaban los jóvenes y, nada más observar la escena de aquel particular saludo entre ellos, su habitual expresión bonachona se tornó en una mueca de horror.

—¡Sancio! —gritó amenazante, abandonando la liviana plática que mantenía con el mozo del castillo y echando a correr hacia los jóvenes—. ¡Recuerda lo que le prometiste al abad Juan...!

En ese momento, el aludido Sancio soltó la mano del otro joven que, tembloroso, fue a sentarse al escaño intentando no desplomarse.

El joven várdulo se sentó a su lado esperando una reprimenda de freile Belasco. Se había dejado vencer por sus bajezas; esa combinación de ira, angustia y envidia que había sentido al ver al hijo del conde, habían despertado su estigma. Una agria mueca de desasosiego en su cara mostraba un más que notorio sentimiento de culpa. El *camerarius* se les acercaba a toda prisa con gesto afligido, gruñendo algo para sí.

El hijo del conde suspiró profundamente.

Después tosió varias veces.

—Ha sido muy extraño —musitó, abriendo y cerrando la mano, que iba recuperando su tono muscular por momentos.

—Lo siento mucho, Nuño —se disculpó Sancio con sinceridad—. No... no debería haberte... sujetado la mano con tanta... fuerza. —Sorprendentemente tartamudeaba. La pulsión del estigma había sido insólitamente apacible, y tal sensación le había provocado un cierto temblor en la voz—. No debería...

—No pasa nada —replicó, iniciando una tímida sonrisa, el hijo del conde, que ya percibía la vuelta de la fuerza a sus manos—. Ha sido una sensación rara, parecía que estuvieras dentro de mi alma... Sin embargo, he percibido... afecto. ¿Y tú?

—Yo... —Sancio rebuscó en sus sentimientos y, para su sorpresa, estuvo de acuerdo—. También lo he sentido —aseguró, y después sonrió como Nuño—. Es inaudito.

El *camerarius* llegó hasta ellos jadeando por la carrera a lo largo del patio de armas.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó dirigiéndose a Nuño, algo atónito por su aparente felicidad.

—Sí, freile, estoy bien —respondió el hijo del conde incorporándose sin dejar de mover los dedos.

—¡Sancio, eres un irresponsable! —reprendió el monje, que recordaba la zozobra y el miedo que él mismo había vivido un par de días antes en esa misma situación—. Has faltado a tu

promesa. —El freile de Espejo se percató enseguida de la identidad de Nuño, y a su enfado se le añadió un cierto grado de temor—. ¿Seguro que estás bien? —le insistió—. ¿Doy aviso a algún peón de tu padre?

—Seguro, freile —aseveró de nuevo el muchacho—. Miradme, no hace falta que aviséis a nadie. Estoy perfectamente. Mi amigo Sancio tiene mucha fuerza en sus manos...

El *camerarius* suspiró aliviado y decidió no indagar más. Nuño parecía indemne.

—Vuelvo en un instante —masculló—. Debo terminar mis tareas. —Le dirigió una mirada amenazadora a Sancio y añadió—: ¡Compórtate bien!

El joven se encogió de hombros en un gesto de aquiescencia. Freile Belasco emitió un sordo gruñido y retornó a las cuadras para cerrar los tratos que había iniciado con los palafreneros del castillo.

Entonces, Nuño se dirigió de nuevo a Sancio y le ofreció unirse a la mesnada de su padre para ejercitarse con las espadas de madera. El joven várdulo le miró entusiasmado. Todas sus cuitas se habían disipado.

—¿Puedo?

—Debes —insistió Nuño—. Son órdenes del abate Juan.

Y ambos corrieron hacia el centro del patio riendo amigablemente. El Gaizkiñ había sido magnánimo en aquella ocasión...

Era un buen augurio.

* * *

Desde una de las estrechas ventanas de la torre que daba al patio, en realidad una saetera modificada para servir de balcón a un escueto pasillo, el abad Juan había presenciado el encuentro de los jóvenes. Durante un instante temió por un enfrentamiento

entre ambos; sin embargo, pronto descubrió que acababa de presenciar el inicio de una amistad imperecedera. Junto a él, el conde Munnio sonreía complacido, y compartía su misma apreciación.

—Teníais razón, abad Juan —dijo el noble.

Sancio era un muchacho poco corriente, procedente de un clan de guerreros vándulos que eran poseedores de habilidades difíciles de explicar. Don Munnio lo sabía. Desde que sus propios antepasados vascones de las legiones romanas llegaron a esos valles, en los antiguos tiempos del desmembramiento del poderoso Imperio romano, el clan de los antepasados de Sancio siempre había sido un aliado fiel.

—Su amistad es una buena noticia para todos.

—En efecto.

—Al-Qilá verá días de gloria.

—Especialmente si continuamos con lo nuestro, abad Juan —instó el magnate, volviendo sus pensamientos a sus ocupaciones actuales—. El mensajero asturiano ha llegado ya, y no es mi deseo hacerle esperar más de lo estrictamente necesario.

—Vamos, pues, con nuestro concilio. Pronto dejaré de ser el abad Juan y tendréis que llamarme obispo, mi señor conde Munnio —apuntó el eclesiástico con mordaz ironía—. No más cerremos el acuerdo con estos alaveses, primos de nuestro rey Alfonso, el Segundo de Asturias...

—Lo haré con mucho gusto —aseguró el conde, que compartía una gran amistad con el monje desde que este se hiciera cargo de la ermita de Santa María para intentar hacer de ella un monasterio—. *Episcopus Iohannes*... suena bastante bien.

* * *

Entraron de nuevo en la sala donde los esperaban los parientes del rey asturiano, con el noble don Lope Gustioz de Orduña a

la cabeza. El conde Munnio había conocido a don Alfonso de Asturias varios años atrás, en un viaje que realizó a las tierras de Orduña, donde el ahora rey hubo de ocultarse en su juventud a causa de las disputas cortesanas por la posesión del trono de Oviedo. Ajeno a aquellas intrigas, el conde Munnio siempre había pensado que los nobles asturianos carecían de sentido común en cuanto a la persistencia de sus enfrentamientos fraticidas y de sus continuos cambios dinásticos.

Don Alfonso, el segundo rey de tal nombre en Asturias, había nacido alrededor del año 760 de Nuestro Señor. Era hijo de una noble vascona alavesa llamada Munia, y desde su más tierna infancia fue educado para ser el rey que tomaría el gobierno de los asturianos después de la muerte de Silo. Sin embargo, en el momento de la sucesión, su juventud motivó el levantamiento de uno de los nobles de nombre Mauregato que, comandando un grupo de descontentos magnates gallegos, se hizo con el reino astur y provocó la huida del joven Alfonso. Prácticamente desterrado, Alfonso fue a buscar refugio en las tierras alavesas de la familia de su madre.

Pasaron los años, y el joven exiliado se convirtió en un hombre valeroso que aún tuvo que ver en Asturias otro rey, de nombre Bermudo y sobrenombre *Diácono*, que subsistió poco tiempo en la corte, pues era más amigo de la tranquilidad de las iglesias que del fragor de las batallas; y fue vencido en tan numerosas ocasiones por los pérfidos andalusíes que finalmente abandonó el trono para volver a los claustros de las abadías.

Fue entonces cuando don Alfonso, que se encontraba ya en la plenitud de la vida, regresó a Oviedo con suficientes apoyos para hacerse definitivamente con el trono.

Tal hecho era reciente en la memoria del conde Munnio, pues apenas hacía ocho años que don Alfonso II regía sin contestación alguna en toda Asturias. Sorprendentemente, las costumbres alavesas y castellanas habían arraigado poco en él, aunque demostraba sentir cierto amor y relativa comprensión por el oriente de su reino.

El abad Juan intuía que ese era el motivo por el cual el rey asturiano había elegido a sus parientes de Orduña para mediar con los nobles locales del Valle de Gobia en lo relativo al monasterio de Santa María de Valpuesta y su futura consideración como obispado de la Iglesia de Asturias. De otro modo, cualquier mensajero procedente de los palacios de Oviedo o de los lejanos mares gallegos no hubiera sido tan bien recibido.

El abad recordó sus paseos en los claustros asturianos y las pretensiones expansivas de los eclesiásticos de la corte. Parecía que, finalmente, el obispado de Valpuesta vería la luz bajo su mandato.

Las discusiones de los magnates presentes en el castillo no se prolongaron demasiado pues, ya en la lejanía de la corte de Oviedo, el rey Alfonso tenía otras muchas porfías por las que preocuparse y, sobre todo, cuantiosas y peligrosas contiendas con los diablos musulmanes del emir cordobés Abd al-Rahman II.

Las hordas del emir andalusí le habían acometido con numerosas aceifas, asolando los mejores valles del corazón del reino, llegando incluso hasta la capital, Oviedo, en más de una ocasión. Por lo tanto, los nobles sentados a la mesa del conde Munnio alcanzaron pronto un acuerdo, y brindaron con el mejor vino alavés de Orduña para celebrarlo adecuadamente.

—Entonces, don Munnio, ¿podemos hacerle llegar a don Alfonso vuestro beneplácito respecto a la sede episcopal de Santa María de Valpuesta? —inquirió don Lope de Orduña con una copa de vino en la mano. El enviado del rey estaba convencido de la respuesta positiva del conde.

—Por supuesto, amigo mío —convino el magnate vascón de Al-Qilá—; pero siempre que sea el abad Juan quien se convierta en el obispo de Valpuesta.

—Así será, don Munnio, no tengáis ninguna duda acerca de ello. En breve dispondremos de los pergaminos que lo certifiquen con el sello del rey —corroboró don Lope—. Por otro lado, y de acuerdo con el futuro *episcopus*, facilitaréis y protegeréis los asentamientos de cristianos en las tierras del sur, donde

más acechan los moros, para así ganarles el máximo de su terreno.

—Hace muchos años que venimos haciéndolo así desde este castillo, don Lope —advirtió el conde Munnio, con una media sonrisa acompañada de un gesto de contenida mordacidad—. Cuando llegaron mis antepasados, los capitanes legionarios vascones de las cohortes hispanas de Roma, a este otrora ruinoso castro romano que he convertido en una fortaleza inexpugnable, vivían desperdigadas por estos y otros valles alaveses muchas gentes de etnias diversas que se pusieron bajo el manto protector de mi familia. Había asentamientos cántabros, várdulos, vascones, autrigones y caristios. A veces, incluso, con luchas y pleitos entre ellos. Pero hoy todos somos miembros de una misma casa, una casa dentro de Hispania. Los moros nos llaman Al-Qilá, y nosotros se lo agradecemos construyendo más y más castillos que no puedan jamás devastar...